

para explicar un episodio importante en la configuración del mundo moderno (eso ya es un valor ineludible de la obra), sino que mantienen posiciones conceptuales y doctrinales que podrían ser releídas en el mundo actual, en el del siglo XXI, y no quedarse solo en la Modernidad colonial. Algo de ello aparece en las últimas catorce páginas... nos ha quedado con un regusto de insatisfacción que espero sea compensado en trabajos posteriores sea en artículos sea en libros.

Estamos ante un buen libro que no debe faltar en la estantería de un filósofo, de un teólogo, ni de un jurista.

Manuel Lázaro Pulido

Universidad Nacional de Educación a Distancia

## TEOLOGÍA

COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS. *Aprender de San Pablo. Catequesis de Benedicto XVI*. Madrid: EDICE, 2009. 21 x 13.7 cm, 181 pp. ISBN: 978-84-7141-687-2.

Este libro es una catequesis de Benedicto XVI sobre San Pablo y lo que representa su mensaje y testimonio en los orígenes de la Iglesia. Consta de veinte capítulos y algunas homilias y ángeles.

De las enseñanzas que entresacamos del libro, entre otras muchas más y a modo de selección de los capítulos VIII al XX, destacamos que la Iglesia es la nueva comunidad de los creyentes en Cristo que se sienten asamblea de Dios y convocados por Dios. Es suma de Iglesias locales y realización de la única Iglesia de Dios. La unidad de Dios crea la unidad de la Iglesia. Es esposa de Cristo en el amor, un solo cuerpo y un solo espíritu con Cristo mismo. Muchos israelitas habían pagado con sangre la vocación propia de Israel. Pablo entendió que los cristianos no eran traidores, sino que el Dios de Israel había extendido su llamada a todos los pueblos y gentes. No se llega a ser cristiano por coerción, sino por la palabra viva y el anuncio del Cristo vivo, por la muerte y resurrección de Cristo, misterio que se realiza en los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía y se hace realidad en la caridad cristiana. La palabra Iglesia es más laica que sinagoga e implica una llamada *ad extra*.

La Iglesia es “Cuerpo de Cristo” por la Eucaristía que nos hace uno en Cristo y templo de Dios, lugar de presencia de Dios en el mundo, donde se viven relaciones cordiales interpersonales y familiares por la caridad. Jesucristo resucitado exaltado sobre todo nombre es el mismo crucificado. Pablo comprende que la cruz no es “una maldición de Dios” sino sacrificio para nuestra redención, con su abajamiento radical y la siguiente glorificación en la gloria de Dios. El gesto de Jesús es la humildad, la realización del amor divino que contrasta con la soberbia humana. Desde el cielo nos atrae y es el puente y Mediador único que nos guía al cielo y a la comunión con Dios para

hacernos hermanos como primogénito entre nosotros, que nos invita a la humildad para ser partícipes también de su glorificación convirtiéndonos en hijos de Dios.

Pablo comprendió que Jesús había muerto y resucitado por todos y por él mismo, y de pecador se convirtió en creyente, de perseguidor en apóstol. Los judíos ponían su esperanza en las obras y esperaban de ellas la salvación, los griegos oponían su sabiduría humana a la cruz, grupos de herejes habían formado una idea del cristianismo según su propio modelo de vida. Pero aceptar la cruz de Cristo significa realizar una profunda conversión en el modo de relacionarse con Dios. La cruz revela “el poder de Dios”, amor que llega hasta la cruz para salvar al hombre sirviéndose de modos e instrumentos que nos parecen debilidad. La gratuidad total de su amor es la verdadera sabiduría. Por la reconciliación toda esclavitud ha sido rescatada, por ello renunciemos a la propia superioridad y elijamos la “necedad” del amor para no vivir para nosotros mismos sino en la fe en el Dios del que todos podemos decir: “Me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Si Cristo no resucitó, vacía es la predicación y la fe, y estaríamos en pecados. La cruz sola no podría explicar la fe cristiana, sino el hecho de la resurrección de Jesús al tercer día y que está vivo entre nosotros. Este es el kerigma recibido y transmitido para todos los creyentes y los que anunciarán la resurrección de Cristo. Por él hemos sido justificados, salvados por Cristo. La tumba vacía y las apariciones del resucitado son hechos importantes. Ser testigo de la Resurrección es para Pablo y para nosotros razón de fe. Las palabras del Resucitado: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” es un poder de la verdad y del amor. La Resurrección identifica y revela a Jesús más que la encarnación.

La teología de la cruz no es una teoría, sino la realidad de la vida cristiana. El cristianismo es una escalada exigente iluminada por la luz de Cristo y por la gran esperanza que nace de él. Experimentando el sufrimiento conocemos la vida en su profundidad, en su belleza, en la gran esperanza de Cristo crucificado y resucitado. Profesando con la boca y creyendo con el corazón que Dios le resucitó, el creyente obtiene la salvación, que un día podremos entrar con Cristo en nuestra verdadera patria que está en el cielo. Dios llevará consigo a los que murieron en Cristo, al final estaremos siempre con el Señor. El Señor nos confía talentos para que demos frutos, nos pedirá cuentas, lo que implica responsabilidad con respecto a este mundo. Para Pablo la muerte indica el completo estar con Cristo. Estar con Cristo crea a San Pablo una gran libertad interior ante la muerte y todas las tareas y sufrimientos de la vida; disponible para Dios le hace libre. Cristo ha vencido a la muerte y a todos los poderes nefastos que nos amenazan. Certeza, libertad y alegría. Con Cristo el mundo futuro ya ha comenzado, la certeza de la esperanza y el valor para afrontar el futuro estando seguros de su bondad. Estamos sentados con Jesucristo en el cielo para mostrar la riqueza de la gracia, haciendo tolerables los sufrimientos presentes que no son comparables con la gloria futura. Sin la presencia de Cristo el mundo no será justo y renovado. Ven, Jesús, a tu modo, del modo que tú sabes, que tu presencia renueve el mundo.

Con la iluminación de Damasco Pablo consideró todos sus méritos logrados como basura frente a la sublimidad del conocimiento de Jesucristo y decidió apostar toda su existencia por Jesucristo, el motivo y meta de su carrera. El fin de las obras de la Ley, para fundarse sobre la gracia de la fe en Cristo que es la que justifica, pues por las obras de la Ley nadie será justificado. La libertad cristiana no es libertinaje, no libera de hacer

el bien. Con Cristo el Dios de Israel único y verdadero se convertía en el Dios de todos los pueblos. Ser justo significa estar con y en Cristo, y no de otra forma. La fe obra por la caridad cuando entramos en comunión con Cristo que es el amor. La justicia se decide en la caridad. Creer llega a ser vida, unidad con Cristo, transformación de nuestra vida. La fe no es un pensamiento, opinión o idea sino comunión con Cristo que se convierte en amor y se expresa en caridad. Una fe sin el fruto de la caridad no sería verdadera fe, sino fe muerta. Una justificación en la gratuidad, en la acción del Espíritu Santo que nos da amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí, como frutos del Espíritu que brotan de la fe. En “el amor mutuo y al prójimo” se encarna el amor de Dios y de Cristo, por medio del Espíritu, por lo que seremos juzgados al final de nuestra existencia. El amor de Cristo nos hace ser criatura nueva que entra a formar parte de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. La fe que actúa en el amor atestigua el don gratuito de la justificación en Cristo. Cada cual recibirá conforme a lo que hizo en su vida mortal, el bien o el mal. La ética cristiana no nace de un sistema de mandamientos, sino consecuencia de nuestra amistad con Cristo, que si es verdadera se encarna y realiza en el amor al prójimo. Nada ni nadie nos podrá separar nunca del amor de Cristo.

El gozoso anuncio de la fe: solo hay una fuente buena, el Creador. Vivir es un bien, ser hombre, mujer, es algo bueno; la vida es un bien. El mal viene de la libertad creada, de una libertad que abusa. El mal puede ser superado por la luz de Dios que es más fuerte, el hombre es curable. El río de la luz que procede de Cristo está presente en los santos grandes y humildes, los simples fieles. Dios mismo ha entrado en la historia como nueva fuente de bien. Con Jesús, que viene de Dios, comienza una nueva historia formada por su sí al Padre, no fundada en una falsa emancipación, sino en el amor y en la verdad. El Espíritu de Cristo se sirve de la Palabra del anuncio y de los sacramentos, especialmente Bautismo y Eucaristía. La fe no viene de la locura sino de la escucha, no es algo interior sino relación con Alguien que crea comunión. El que anuncia no lo hace en nombre propio, sino que es enviado. La palabra del anuncio de la Iglesia se transforma en sacramento (Bautismo). Cristo es el verdadero donante de los sacramentos y solo él puede constituir la Iglesia. Con el bautismo se vuelve a nacer, es un nuevo inicio, en la resurrección vuelve a emerger lo que había de bueno en la existencia anterior. Jesús nos dice que ahora se realiza la nueva alianza conmigo y con su muerte, con su sangre comienza en el mundo esta nueva historia de la humanidad, es el verdadero y único sacrificio por el que Cristo nos da su cuerpo y nos une a su cuerpo resucitado, y así nos une unos a otros. La Iglesia es un cuerpo, un organismo, no una corporación o una organización. El amor de Cristo a su Iglesia es un misterio como el amor del matrimonio. La participación en la eucaristía fortifica y visualiza una unión indisoluble por la gracia.

La redención de Cristo tuvo lugar en la cruz donde asumió en sí toda nuestra culpa. Honrar a Dios en la existencia cotidiana como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. El culto del hombre se convierte en adoración, glorificación del Dios vivo, alabanza. Un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia. Nuestro culto espiritual y verdadero es ofrecer nuestros cuerpos como víctima viva unidos a Cristo en sus sacramentos. El sacerdote prepara el verdadero sacrificio por el que Cristo se dona y atrae a todos a su cuerpo, haciendo del mundo espejo de su amor divino. Cristo es el vencedor, cabeza de la Iglesia que guía a la comunidad cristiana como Señor y del que nos viene la fuerza

para actuar recto. Sus mandamientos son fuerzas vitales que vienen de él y nos ayudan. Es cabeza de las potencias celestiales y del cosmos, solo él nos ha amado y se ha entregado por nosotros, no tenemos que temer porque él es superior a toda forma de poder que intente humillar al hombre y a toda adversidad, pero esto significa que debemos permanecer unidos a él. Todo lo creado es uno en Cristo. Cristo es más grande que la Iglesia, su señorío se extiende más allá de sus fronteras, pero solo la Iglesia es Cuerpo de Cristo, no el cosmos.

El amor comprende mucho más que la sola razón. La Iglesia es esposa prometida y real de Cristo, que nos hace ver al otro como su imagen. Leer la Escritura en diálogo con el Espíritu Santo nos enseña, convence, corrige y educa en la justicia. La comunidad cristiana no injuria a nadie y muestra una perfecta mansedumbre con todos los hombres. Lo esencial de la estructura doctrinal católica: Escritura y Tradición (anuncio); la estructura personal: los sucesores de los apóstoles, testigos del anuncio. La paciencia, expresión de comunión con Cristo.

Mariano Ruiz Espejo  
Universidad Católica San Antonio de Murcia

Constancio CABEZÓN MARTÍN. *Así Murió Jesús* (Tercera edición). Madrid: Edicel, 2004, 21 x 14.5 cm, 207 pp., ISBN: 84-932728-2-5

Este libro es un tratado sobre la pasión de Jesús ambientado en unas coordenadas históricas y arqueológicas donde la medicina, la jurisprudencia, la psicología, la política y los evangelios ocupan un lugar importante. Consta de un prólogo, una introducción y de tres partes, una nota y un índice.

Su autor, el Dr. Constancio Cabezón Martín es médico y sacerdote español, religioso franciscano. Pasó gran parte de su vida profesional y hasta su jubilación en Marruecos como Jefe de la Sección Cardio-Vascular del Hospital Regional en Meknés y en toda la región central, nombrado por el Ministro de Sanidad Pública.

El personaje central del libro es Jesús de Nazaret, condenado a muerte por la autoridad religiosa judía, condena que luego sería ratificada y ejecutada por la autoridad romana. La narración describe los hechos y acontecimientos históricos, el ambiente social en tiempos de Jesús en el entorno en que se desarrollaron los hechos que más adelante se estudian con cierta profundidad.

También se describen los acontecimientos más importantes de los hechos históricos. Tras los sucesivos juicios a Jesús en los que Pilato reiteradamente juzga inocente a Jesús, finalmente es acusado de querer hacerse rey, que era un delito de lesa majestad que conlleva la pena de crucifixión. Era una acusación calumniosa.

El autor como médico creyente estudia la hematomatidrosis, el hecho de que Jesús sudó sangre en el huerto de los olivos, y obtiene unas conclusiones. La flagelación, la coronación de espinas, llevar la cruz a cuestas, la crucifixión, las llagas de manos y de pies,